

LAS PRIMERAS IDEAS

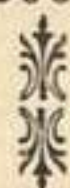
REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS LETRAS Y ARTES

AÑO I



Montevideo, Mayo 20 de 1892



NUM. 4

PERMANENTE

Siendo uno de los principales objetos de este periódico, fomentar el gusto literario é iniciar en el periodismo á los estudiantes de preparatorios, la Dirección advierte, que cada seis meses se cambiará la redacción; eligiendo el personal para ello, entre los compañeros que se hayan distinguido durante ese tiempo, mostrando mayores aptitudes.

Notas de Redacción

CRISIS DE EXCEPTICISMO

«Por insostenibles que puedan ser las creencias religiosas existentes, por absurdos que sean algunos de sus elementos, por irracionales que sean los argumentos que las defienden, dice Herbert Spencer, no podemos desconocer la verdad misteriosa que encierran muy probablemente.»

El gran filósofo, al estudiar el sentimiento religioso, considera que, en todas las formas que ese sentimiento ha adoptado en épocas y países diversos, existe siempre algo que merece nuestro respeto y nuestra atención. Compara el principio de religión con el principio de autoridad, que se mantiene incólume desde hace muchísimo tiempo, después de pasar del absolutismo á la limitación, comenzando con los monarcas divinos ó de origen divino, pasando luego á los de derecho divino, de aquí al derecho divino de una asamblea y por último á las formas más avanzadas de la democracia moderna; dice, que lo mismo sucede con el

sentimiento religioso que, profundamente arraigado en el espíritu humano, ha actuado visible y benéficamente en el desarrollo de las sociedades, comenzando con el fetiquismo de los primeros tiempos, hasta llegar, recorriendo una larga escala ascendente, hasta las especulaciones elevadas de nuestros días.

No nos será, pues, necesario recurrir á autoridades ortodoxas para condenar el espíritu reinante, hostil á toda religión, que, salvando las barreras de la duda razonada y saludable ha hecho crisis en el descreimiento helado que avasalla actualmente á todos los hombres.

Como ya lo hemos dicho en otra ocasión, si nos llamamos libres pensadores, no debemos encadenarnos servilmente al carro triunfal de las escuelas imperantes. Sacudamos el yugo de la mayoría y tratemos de vigorizar el sentimiento religioso que, podrá conducir á grandes extravíos, pero que es, sin duda alguna, manantial inagotable de luces puras y vivificantes.

Los pueblos que no tienen fé, son pueblos decrepitos y miserables; aún en sus épocas de mayor engrandecimiento llevan impreso el sello de la muerte, cuyo dedo fatídico los ha señalado ya. Abarcando en una ojeada retrospectiva todo el desarrollo de la vida de la humanidad, encontramos que el descreimiento y el escepticismo son compañeros inseparables de la ruina de los pueblos; por el contrario, el reinado del sentimiento religioso, teniendo como consecuencia el reinado de la virtud, constituye naciones viriles y generosas, nacidas para la lucha y para el triunfo, con fuerzas y energías para ello.

Preciso es desengañarse; abandonando convencionalismos vulgares y vanidades injustificadas, confesemos que el hombre no tiene aún aptitudes para cruzar, con el solo

auxilio de la ciencia, la selva inextricable de la vida; en el límite extremo de su perfectibilidad, el género humano podrá entregarse por completo á esa ciencia tan grande, tan hermosa, y tan incompleta aún, pero, hacerlo actualmente es imposible, y esta imposibilidad será irritante pero es real.

Y esa misma ciencia no es incompatible con el sentimiento de religión; puede, por el contrario, darle realce, darle brillo, ser el obrero que, trabajando al miserable pedazo de carbón ha de producir el diamante. Espíritus estrechos incapaces de dar cabida en su alma á dos deidades aparentemente enemigas, podrán considerar á la una, á la religión, como obra de Dios, y á la otra como obra del ángel rebelde, pero, los hombres de alma grande tratarán de reconciliarlos y lo conseguirán al fin.

Cuando recién comenzó á difundirse en Roma la luz del cristianismo se hallaba en su apogeo una cortesana, notable y temible por su hermosura, fogosa, sanguinaria, sin escrúpulos, dispuesta á todos los extremos del vicio, del crimen y de la infamia. En aquellos momentos, dió principio San Pablo á la prédica del evangelio, y aquella mujer sin corazón, cuyos lábios se habían desplegado tantas veces para la frase candente de la bacanal desenfrenada, jamás para las dulces palabras de la plegaria, se sintió conmovida por aquella ley de piedad, de amor, de misericordia, y un día rechazó, con mirada llena de místico recogimiento, la copa magnífica que le ofrecía Nerón.

Quizá en nuestra época sensualista y material, pueda contenerse el desborde de las malas pasiones por la influencia del sentimiento religioso, como sucedió con la cortesana mencionada. En este siglo de abatimiento y de miserias, el alma, ávida de sentimientos que la fortalezcan,

debe ir á buscarlos, aunque sea con peligro de caer en deplorables errores, en las fuentes puras del principio de religión.

No quiere decir esto sin embargo, que sea precisamente el cristianismo la doctrina regeneradora; el reinado del cristianismo sin restricciones y sin límites es un retroceso y la humanidad no retrocede. No hay necesidad de encomendar á determinada creencia ó á determinada fé, la misión de regenerar el género humano; despótica ó educadora, la Providencia, influyendo directamente en el desarrollo de las sociedades, es hoy día rechazada por la filosofía de la historia.

Pero, si bien pueden existir errores en cuanto al dogma y aún en cuanto á las formas y detalles de la doctrina cristiana, pueden, á este respecto citarse las palabras que Goethe dirigía á la juventud de su país; haced tonterías pero, haced algo, decía el gran sábio, y nosotros podemos muy bien parodiarlo diciendo: creed en tonterías, pero siquiera creed en algo.

Que el imperio de la religión, absoluto é ilimitado, es funesto y censurable como todo despotismo, no se puede negar; pero los extremos no hacen ley, y condenar sin atenuaciones, todo lo que implique una creencia, un sentimiento religioso para evitar los males que el exceso pueda producir, es lo mismo que condenar las instituciones democráticas por temor al desenfreno de la turbamulta.

Pues si bien es cierto que las exajeraciones místicas, reduciendo la actividad humana á los raptos extáticos del iluminado ó al ascetismo de los fakirs de la India, conducen forzosamente á la atonía, en todas las órdenes de la vida, no es menos cierto que el descreimiento y el escepticismo, traen como consecuencia inevitable, el aniquilamiento y la muerte. No creer es no existir.

Sacudamos, pues, la ataraxia desconsoladora que quiere dominarnos; solo así podremos formar una juventud ardiente y vigorosa, que sufra, que crea, que piense y que ame, á la que pueda aplicarse con exactitud la hermosa frase de la tragedia de Shakespear: os amo porque mucho habeis sufrido y porque mucho habeis amado.

J. A. R.

Colaboración

EL TIEMPO

Trabajo leído en la segunda velada dada por los estudiantes de preparatorios.

He ahí el tiempo; ese titán de todas las generaciones que ha visto los pueblos en embrión, luego crecer y multiplicarse con sus diversos períodos de adelanto y retroceso; ese estuario eterno al pié del turbulento océano de las trasformaciones humanas, que vió la ignorancia del pasado imperando sobre las ciudades y sus hombres; y hoy contempla la civilización y progreso del presente; el tiempo, que la Mitología representa como un anciano con alas, símbolo de la perpetuidad; siempre en guerra con los hombres en esas construcciones que ellos en el candor ingénito de su inocencia, llamaron eternas.

¿Dónde están esos monumentos que nos evoca la historia y que se llamaron Templo de Diana, Coloso de Rodas, el Partenon de Atenas; esas ciudades reliquias del pasado, que se llamaron Menfis, Tebas, Palmira, Babilonia? Esplendores de otras épocas, vestigios de otras generaciones ya no quedan más que las ruinas de esas ciudades populosas, que el tiempo destruyó para siempre. ¿Donde está la monarquía romana, el vastísimo imperio que fué un día dueño de todo el orbe cristiano?

Solo queda el recuerdo perpetuado en las páginas de la historia.

Nada hay eterno. La acción del tiempo todo lo aniquila, todo lo concluye.

Aquella Grecia, que fué un día cuna de la civilización antigua, cuyo suelo vió nacer los sabios y filósofos más grandes de la Tierra cuyos guerreros legaron al mundo el ejemplo de su valor y patriotismo; cayó tal vez para siempre, y hoy yace envuelta en la bruma del olvido.

Cayó Grecia, cayeron con ella las ciencias, las artes, y las letras, cayó el imperio romano; se perdieron Tebas, Palmira, Babilonia, aquellos monumentos: el Partenon, el Coloso de Rodas, el Templo de Diana, todo ha caído; pero lo que no morirá jamás es el recuerdo de aquellos esplendores que coronaron un día la gloria de los pueblos de Oriente. La historia ha perpetuado las glorias del pasado, y al través de los siglos todavía vive latente el recuerdo de aquella Grecia antigua, de aquellos filósofos atenienses, de aquellos guerreros espartanos; todavía vive el recuerdo de aquellas ciudades que el tiempo confundió para siempre con la arena del desierto!

*
* *
*

Bien dijo un escritor; «El tiempo pasa, y pasa para no volver jamás.»

Verdad muy triste, pero bien cierta.

En la aurora de la vida, en los primeros pasos de nuestra rápida peregrinación por la tierra, nos vió sonreír dulcemente acariciando para el porvenir las más risueñas ilusiones, los más gratos ensueños de nuestra mente juvenil; más tarde en la edad madura vió como los hombres empezaban á comprender y á penetrarse en los misterios de ese arcano que se llama el destino; y por fin en la vejez,

en esa edad de los desengaños, contempla como el anciano vé desvanecidas las esperanzas que se forjó en la niñez, y como huyeron las ilusiones, la dicha y los placeres arrebatados por el viento helado de la amarga realidad.

Si, todo pasa, pasaron los años y con ellos los hombres y las generaciones.

Y el anciano, al tender la vista al pasado para evocar los recuerdos de su juventud y las ilusiones de su edad primera; vé cuan triste es la realidad, cuantas las amarguras y las penas, cuantos los dolores y los pesares; contraste desconsolador para aquellos que en la inocencia pueril de sus primeros años, vieron en la vida un sendero donde la mano de la felicidad sembraba las fragantes flores de la dicha.

El tiempo brinda al hombre recreándole con las maravillas que la mano pródiga de la Naturaleza puso sobre la tierra.

Esa primavera risueña llena de halagadores encantos esmaltada por los variados matices de las flores, y animada por el sublime concierto de las aves; esas selvas cubiertas de una vegetación lozana y exuberante, esos multiplicados y agrestes panoramas que el tiempo ofrece al hombre, para que deleite su espíritu y encuentre en la tierra, algún placer, algún goze, obras en que se revela la imagen elocuente de una perpetua juventud, pero si dirijís una mirada al pasado quedareis asombrados de ver cuán pronto pasan los años, en cada uno de los cuales dejasteis un jiron de vuestra vida; una ilusión ó un sueño desvanecido, un amigo que la muerte arrebató, ó una esperanza jamás cumplida; como para que al tocar el lindero de dos mundos tengais en ellos un amargo recuerdo de vuestra peregrinación por la tierra.

*
* *

No pudieron resistir á la acción del tiempo, esas ciudades grandiosas que parecían eternas; no pudieron sobrevivir á la acción de los años esos monumentos que los hombres hicieron para perpetuar en el futuro el recuerdo de otras generaciones que pasaron: ¿con qué derecho nosotros los mortales podemos aspirar á la eternidad en la vida cuando el mármol y el granito de esos monumentos cayeron para siempre á confundirse con la tierra de donde salieron?

Esa es la obra del tiempo; de ese coloso que seguirá imperando sobre los hombres hasta lo infinito.

Si, esa es la obra del tiempo; aniquilar y destruir.

Ved el cementerio, el emblema de sus estragos; ved cuantos hombres, cuantas generaciones descansan el sueño eterno bajo las blancas losas de sus tumbas.

El tiempo marcó la hora fatal, y la justicia inexorable tronchó el hilo de la existencia á esos humanos de ayer, sepultándolos en la mansión de los que fueron; y donde talvez el sol de una eterna felicidad alumbre para siempre el reinado de la dicha y de la paz.

Alberto Correa.

EL CAMPO

Composición leída en el aula de Gramática Castellana.

Un espacio de tierra, que se halla fuera de la población cubierto ya de pasto ó cereales, ya de bosques ó arboleda, iluminado por claridades divinas de melancolía, diáfanos y vaporosos reflejos, y crepúsculos del cielo, tal es el campo.

Todo parece lleno de alegría y tranquilo como la conciencia del hombre honrado; el césped cubre la tierra y se extiende á manera de verde manto; á lo lejos la cuchilla

cierra aquel pedazo de campo y serpenteando se pierde de vista; aquí mil flores nacientes forman contraste con las mariposas de doradas alas que revoletean sin cesar; allá corre un arroyo, formando varias vueltas; á cuya orilla crecen los sauces y los álamos que elevan su soberbia copa hasta las nubes; allí se respira un aire nuevo que vigoriza el cuerpo y fortalece el corazón; ese aire que dá animación al pensamiento, como esencia de la vida; que el poeta llama inspiración, y los árboles saludan vistiéndose de flores; que el amor condena en un suspiro, en una oración el sentimiento religioso, y la caridad en una lágrima.

Ninguna poesía, escrita ó hablada, es más que pálido reflejo, copia muerta de esa otra poesía viviente, que pasa, renace y se canta á sí mismo, sin cesar, en el lenguaje de la naturaleza; poesía que tiene más solemnidad, sentido más profundo, suavidad más llena de encantos, bajo los árboles gigantes y al lado de las fuentes, con que la mano misma de Dios ha enriquecido el suelo de la América el mismo día en que creaba para el hombre los jardines del Edén.

Y es por eso por lo que el sentimiento ha consagrado al campo el culto de su ternura más profunda y ha llevado siempre á él sus últimos y más sublimes afectos. Es esta la razón, sin duda, por la que al morir pedimos el pié de un árbol para nuestro sepulcro, y pensando que bajo sus ramas, inclinadas sobre nuestros despojos, dormiremos mejor el sueño de la muerte.

El campo es el asilo de toda tristeza; él recoge nuestros suspiros y nuestras lágrimas; él tiene ecos y misteriosas simpatías para nuestras más altas inspiraciones; él ha presidido y solemnizado los primeros himnos que ha enviado el hombre hácia su Dios, y es también bajo sus bosques solitarios donde la religión ha levantado templos, desde

donde suben al Cielo como el perfume más puro de la tierra, las oraciones del desgraciado, para quien la vida no es sinó amargura y proscripción.

Las ciudades sofocan con sus grandes pasiones, su aire mata : y delante de la naturaleza vemos bien lo poco que valen los hombres y sus palacios.

¡ Feliz aquel que puede asociar á los campos su morada! En ellos corre la vida deleitosa y suave, como se desliza ignorada la corriente pura y cristalina bajo las sombras del bosque; respírase en ellos la inocencia y la libertad, y se enaltecen los sentimientos religiosos, los nobles instintos, las grandes concepciones.

Los que hemos nacido en el Continente Americano, y vivimos bajo los rayos de su radiante sol, amamos los campos, los ríos, las montañas, los bosques, como amamos la libertad que es hija suya, como ama la mañana todo lo que respira, como el cóndor los aires y las plantas el rocío.

Los que sentimos un alma que circula con nuestra sangre, los que sentimos dentro del pecho un corazón que tiene sed de emociones y necesidad de espacio, bendigamos al campo, saludemos con todo nuestro amor ese templo en que habita el mismo Dios y que ostenta en sus maravillas y encantos la majestad de su autor, palacio animado de la inspiración, sobre el que los cielos derraman, en todo momento, raudales de nueva vida, y gérmenes bien hechores de civilización y de progreso.—*Valentin Alvarez.*

CUADROS CRIOLLOS

POR DON DOMINGO ARENA

Leído en la velada de la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad de Montevideo.

II

Desde las primeras horas de la tarde, con un sol ar-

diente y montados en caballos abombados y cubiertos de sudor, empezaron á llegar los gauchos de los alrededores, en su mayor parte agregados de la estancia. Al anoche- cer unos quince reunidos debajo del galpón, conversaban sobre las marcaciones que tendrían lugar al otro día, y con sus trajes pobres y variados y sus distintas posturas formaban un grupo interesante y extraño.

Más de noche todavía formaron una ancha rueda en la espaciosa cocina, alrededor de un asador enorme que se inclinaba bajo el peso de la carne, y allí empezaron su frugal cena sin más cubiertos que sus cuchillos.

Después de la cena, mientras alumbraba la luz de la luna que entraba por una gran puerta, y corría el mate amargo de mano en mano precediendo á veces al frasco de caña, el más viejo de los asistentes llamado el Tio Chico, y que pasaba de los sesenta años contó algunos episodios de guerra presenciados por él, ó trasmittidos por sus padres y abuelos; de esos cuentos tan comunes en esas reuniones, que por sí solos han formado la enseñanza histórica de nuestra campaña, y que con su verdad sencilla han bastado y bastarán para enardecer el alma del gaucho, de suyo tan esforzada.

Sentado sobre un tronco de seibo, una pierna cruzada sobre la otra, el cuerpo echado hácia adelante, y las manos agarrándose la pierna, el Tio Chico, con el sentimiento y la inflexión de voz propia del paisano, habló de sangrientos entreveros, de sorpresas de campamento á altas horas de la noche en las que los soldados medios dormidos fueron pisoteados por las caballadas; de pasos crecidos vadeados bajo el fuego del enemigo; de retiradas peligrosísimas agravadas por el hambre y la sed,—y sus palabras, escuchadas con religiosidad, despertaban en

los que las oían entusiasmo mezclado de admiración.

Solamente permanecía ageno á esta interesante velada, Juan, que echado sobre un cojinillo y recostando en una mano la cabeza llena de expresión, soñaba con su amor al par que miraba distraidamente á cuatro gauchos que en un rincón alumbrados por la luz temblante de un candil, jugaban al truco ciego sobre una carona, y que, en un momento dado, mientras uno barajaba las cartas preparándose á dar, otro alisaba la chala en que había de fumar el tabaco que un compañero picaba con un filoso facón.

Ya tarde, y después de un triste cantado al compás de la guitarra con más sentimiento del que suelen gastar los buenos tenores, cada uno tendió en el galpón el recado que había de servirle de cama, y se acostaron; menos Juan que se quedó como siempre, gran parte de la noche mirando á la ventana de Gervasia.

Cuando se apartó de allí para acostarse á su vez, las nubes grises invadían todo el cielo, y relámpagos como fogonazos de descargas lejanas, se sucedían sin cesar en el horizonte.

III

Al otro día como era de esperarse por el tiempo que había hecho, caía el agua á chaparrones. Al través del tupido velo de la lluvia, se veía á los animales moverse despavoridos con el estallido de los truenos, dando el anca á la tormenta, los terneros cobijándose debajo de las vacas, y las ovejas escondiendo la cabeza unas bajo el pecho de las otras, aglomeradas en masas compactas, presentando su blanquísimo vellón. Solo los gansos, medio ahogados pero no satisfechos, se revolvían contentos en la crecida laguna.

Aquello duró tres días sin parar un momento y durante

ese tiempo los perezosos paisanos pasaron sentados en los lomillos debajo del galpón mirando llover y repitiendo en la cocina las escenas de siempre. En cuanto á don Yuca no se asomó un momento para afuera y Gervasia solo lo hacía de tarde en tarde para echarle alguna mirada á Juan.

Pero al fin el tiempo se compuso; el campo se secó, y la víspera de la hierra fué anunciada por el encierro de la ternera en el gran corral de piedra, desde donde partían luego dolorosos ayes en forma de mujidos, que contestaban tristemente las vacas que por allí rondaban, impotentes para librar á sus hijos de aquel injusto encierro.

Al otro día muy temprano empezó el trabajo que se continuó hasta el oscurecer en medio de gritos, silbidos de lazos y carcajadas. De rato en rato un animal caía volcado por un hábil pial; y estirado en el suelo sin poder moverse soportaba entre convulsiones la marca enrojecida en una gran hoguera, que al quemarle el anca producía leves copos de humo con el característico olor á cuero quemado. Despues, al verse suelto, se paraba y corría corcobiando con la boca llena de espuma y bramando lastimosamente, mientras don Yuca sentado al lado de la puerta de la manguera, en una tira de cuero crudo llamada «tarja» hacía un diente más para indicar que otro ternero había sido marcado.

En todo ese tiempo Juan, incansable, manejaba con destreza y soltura el lazo, y no pocos piales en el aire le valieron aclamaciones de entusiasmo; elogios que él casi no atendía, para acariciar otro mucho mayor: las sonrisas de satisfacción que desde la casa le enviaba Gervasia.

De noche se dió fin con la acostumbrada comilona que

tuvo lugar en el comedor, entre todos los peones y la familia de don Yuca.

Juan inquieto no comía. Sin saber porque pensaba con una insistencia extraordinaria en las atenciones de Gervasia para con él, que le habían parecido más grandes que de costumbre en los últimos días; mientras la miraba sonriendo con mas tristeza que nunca, y sin atender para nada la alegre conversación de aquellos rudos comenzales.

A poco rato, salió afuera y se acostó boca abajo en la húmeda tierra tapizada de verde gramilla, con los ojos clavados en la ventana de siempre y golpeando maquinalmente el suelo con la punta de la bota.

La luna estaba llena, no se movía una hoja y solo se oía ese ruido de las noches tranquilas, mezcla extraña de los cantos de millares de seres que hablan con distinto lenguaje á la naturaleza, dominado de cuando en cuando por los ladridos de algun perro.

De repente rechinó una puerta que estaba á la derecha de la casa, sombreada por una espesa enredadera en forma de parral que apenas atravesaba la luz de la luna, en su oscuro hueco apareció Gervasia, respirando con fuerza, y mirando tristemente las estrellas.

Ante aquello Juan no pudo contenerse; se paró casi de un salto y corrió hasta Gervasia sorprendida.

—Por favor, escúcheme Vd . . . le dijo tomándole una mano.

Y no dijo más porque no supo qué decir; porque la pobre terminología aprendida en su vida de peón era impotente para expresar el cúmulo de ideas que hervían dentro de su cabeza.

○ Pero no fué preciso que hablara para entender Gerva-

sia la última página de aquel poema que se venía elaborando hacía tanto tiempo. Le bastaba con lo que le decían los temblores de sus robustas manos apretando las suyas, al través de los cuales se le veía el alma entera y su gran pasión que la llenaba toda.

Y así recostados á la pared, y cobijados por aquella semi oscuridad amiga, pasaron mucho rato, contemplándose en silencio y sintiendo por primera vez las caricias del amor. . . .

Cuando un rayo de luna atravesando por un hueco que dejaban las hojas de la enredadera, alumbró el grupo, la hermosa cabeza de Gervasia descansaba en el hombro de Juan mientras que con voz desfallecida le decía: nos quedaremos siempre así, no es verdad?

En aquel mismo momento don Yuca apareció delante de ellos con los ojos saltados, mirando estúpidamente aquella escena sin comprenderla.

(*Concluirá*).

LITERATURAS ORIENTALES

POR

HORACIO GARCÍA LAGOS (hijo)

Conferencia leída en el aula de Literatura de la Sección de Enseñanza Secundaria

(Continuación)

II

Veían los Indios las infranqueables barreras que les oponía la naturaleza desenfrenada, creían invencibles los obstáculos, imposibles de atravesar los ríos y espesas selvas, indestructibles los montes y sus nieves y peligrosísimas las fieras que poblaban la comarca: aterrados, no pudiendo explicarse por causas conocidas, tales prodigios, su mente deslumbrada atribuía todo á lo sobrenatu-

ral, daban libre vuelo á la poderosa águila de su imaginación que siempre se cernía en las elevadas regiones del espacio y su inteligencia, sin desarrollo alguno, sin funcionar para tratar de comprender lo que veían, permanecía estancada como el agua de sus mavismas.

Otra de las causas madres, otro de las gérmenes de su exuberante imaginación, fué su veneración por el pasado, veneración que imponía la creencia de que los seres que los habían precedido, les eran superiores, pues sinó, no se comprende como pudieran venerarlos, superiores, en el moral y en el físico como por las fabulosas edades que alcanzaron.

Tal imaginación, solo una imaginación de aquella especie, podía dar origen á un Mahabarata, á un Ramayana.

EL MAHABARATA

Allá á lo lejos, al través de las brumas de los siglos, más lejos aún que Iliadas y Odiséas, veo inmensa tela de mil partes, nuevas y viejas, unidas en conjunto; brillan unas con deslumbradora luz, más sin apagar por eso los intensos fulgores de las otras. Tiemblo de pronto al contemplar la obra de los siglos que al través de los siglos, también veo, y tiemblo con razón; en muchas de sus partes falta casi la unión; los colores y materiales son distintos y solo un ténue hilo mantiene sin romperse el contacto, en tan valiosa obra. Casi no tiene principio ni fin, más, sin embargo, mirando con atención vemos una ligera faja que la recorre ramificándose mil veces y disputando á otras fajas semejantes el derecho de madre, el derecho de ser la base de tan valioso edificio.

Esta tela solo puede verse en conjunto desde lejos, así como vemos á la luna; si pretendemos acercarnos apenas

encontramos sus bellezas y, perdidos, enredados en sus numerosos hilos, caemos anonadados quedándonos solo la admiración y durmiendo casi nuestra inteligencia.

Esta tela es el Mahabarata, es la gigantesca epopeya que con todos sus defectos y faltas de unidad, es obra de muchas generaciones y madre de Iliadas y Odiseas.

Este poema grandioso, transmitido de generación en generación, y aumentado al rodar por cerebros tan fantásticos, engrosó hasta llegar á ser del volúmen temible con que hoy lo conocemos.

Hay partes que jamás poeta alguno ha tratado después con más felicidad y elevación. Su Bagavad-Gita empieza de una manera imponente en extremo, veamos:

La lucha civil desgarrá las entrañas de aquel pueblo, las pasiones, en su apogeo, hierven sobre un campo de batalla, los ríos rojos de sangre corren á lavarse al mar, suenan atronadores los gritos de los elefantes heridos, al son de los de los combatientes y el metálico chocar de las armas, nubes de polvo se elevan sobre el tumulto para ocultar á las dioses tantas mezquindades, el rayo cruza el espacio y la ira de los dioses brama al unísono con la ira de los hombres; de repente la escena terrible que aquí narro, se suspende, queda cada combatiente, atento, en el puesto que ocupaba, descansan los elefantes sobre lechos de cadáveres y el silencio más profundo reina en todo el campo de batalla. ¿Qué sucede?, ¿por qué las sangrientas pasiones que bramaban en aquellos pechos se suspenden?, es que oyen atentos un diálogo de gran trascendencia, es que el dios explica á Aryuna los misterios, revela al mundo lo que es Dios, habla sobre su esencia y este sinabolo inmenso, este empinado tema es tratado con grandiosa sencillez.

Otros episodios que resaltan sobre el bello conjunto del poema son: el rapto de Draupadi, la confección de la ambrosía, el famoso sacrificio del caballo, la fantástica interpretación del eclipse del sol, al cual presentan tragado y vomitado repetidas veces por el monstruo Raghoud. Las luchas de dioses y titanes están espléndidamente descritas, con colores vívidos y con excitante grandiosidad; no dejaré de lado los amores de Nala y de Damianti, emblema puro de la virtud femenil y cuyas desgracias, cuyas lamentaciones sobre el solitario escollo estremecen al corazón más insensible.

Con sobrada razón ha dicho Cantú que esta epopeya parece un sublime canto de Empedocles y Lucrecio, intercalado en una relación Homérica.

EL RAMAYANA

Delante de la fabulosa tela que hoy pinté, más sin cubrirle ni hacerle sombra, pero en estrecha lucha veo otra de hilos más gruesos y enteros, hija tal vez de un solo hombre y á cuya unidad debe, el existir aun, si bien no vencedora, tampoco no vencida.

Podíamos compararla á aquel rey de un pueblo unido, padre verdadero de sus súbditos que, sin vencer permaneció sin ser vencido ante el César más grande que haya jamás existido, pero cuyas posesiones por falta de unión lo hicieron luchar con desventaja contra aquel hijo de la bella Francia.

Esta segunda tela, el Ramayana, canta á Rama y bosqueja, describe el sitio prolongado y la defensa heroica de Lanka, la Troya india, madre talvez de la griega, y por fin la victoria del héroe y su feliz unión con Sita la virtuosa, que pasa la prueba del fuego para mostrar su castidad.

De gran fuerza de imaginación, y de bellezas rivales en sus imágenes, es este broto genuino de la India, precursor de las bellezas literarias que siglo tras siglo han producido seres privilegiados.

Habiendo empezado por las dos columnas, base de la literatura toda, no me quedan ya fuerzas para estudiar los detalles del resto del edificio, detalles grandiosos en este templo de todas las edades, de manera que, Vedas y Puranas quedan por hoy en salvo.

(Concluirá)

DON FABIAN

Don Fabián de la Mosca Verde era un antiguo comerciante español del *bouquet* de zapateros, que, desde muy pequeño, había venido á Montevideo á sentar sus reales.... y sus vintenes.

Nacido en la ciudad que le sirvió de cuna, Don Fabián tenía cincuenta y dos años en el mundo, y una infinidad de granitos debajo de la nariz.

Su señora, casada el mismo día que él, era una mujer que, desde criatura, había manifestado repugnancia por el Vino de Quina y los cobradores.

El médico que le recetaba ese vino era para ella, el *matasanos* más ignorante de este mundo, y el *inglés* que le iba á cobrar alguna cuenta, en vez de ser atendido por la mujer de Fabián, lo era por el boticario, porque la señora, tenía la costumbre de morderle la nariz á todos los *paísanos de Baring*, aunque no fueran procuradores.

De ese modo se explica que, los otros días, le haya tirado por la cabeza media docena de sillas y un diccionario francés-español, á un cobrador de las Aguas Corrientes que fué con el recibo del mes pasado.

Don Fabián era el reverso de la medalla: bueno y piadoso, *más que Jesu-Cristo*. ¡Con decir que una tarde se puso á abrazar y darle besos á una mula color guantes de luto, porque creyó que lloraba, lamentándose del mucho peso que tenía sobre sus espaldas!

Pero esta bondad tan grande estaba oscurecida por un defecto que hacía á Fabián el sér más desgraciado del Universo, y que debido á haberse manifestado en él desde su infancia, *con caracteres alarmantes*, había dado origen á que se pusiera en perpétua *cuarentena* su porvenir *futuro y venidero*.

Era el hombre más imbécil de la creación: así lo prueban sus hechos.

En el mes de Febrero de 1842, Don Fabián, entonces Fabiancito, tenía tres años de edad, y una tarde que sus papás lo llevaron á dar un paseo por un parque (no de artillería), se quedó asombrado al ver los animales *inanimados* que, á semejanza de nuestro Prado, había en él, y al pasar por frente de la estatua de un carnero, dijo: ¡qué parecido á mi papá!, en el mismo momento que la momia dirigía una mirada *tierna* al primo hermano de la mujer de un Doctor en Ciencias y Letras, que tiene un puesto de verdura en el Mercado del Puerto, y que todas las mañanas toma una taza de aceite castor con pan y manteca.

Otra vez, Fabián ya era mayor que cuando tenía menos edad. Iba á un colegio del Estado, algo distante de su casa.

Una tarde, la clase concluyó á una hora más avanzada que de costumbre y Fabián, para llegar más pronto á su casa, se puso á correr detrás de un tren que, como es natural, iba delante de él.

Por más que corría no lo alcanzaba, y ya hacía media hora que estaba *galopando* y sudando la gota gorda y la

flaca, cuando el tren paró á dos cuadras de donde él se encontraba.

Hizo un esfuerzo más. *Se astojó la rienda y....* ¡ maldita suerte!, cuando fué á subir, se encontró con que estaba en la puerta de su casa.

Al cumplir Fabián sus diëciocho Marzos (no siempre ha de decirse Abriles), empezó á correr los trámites para ingresar en el ejército de los enamorados.

No pasaba ningún cuerpo con polleras por delante del nuevo dragón, sin recibir una lluvia de piropos, bonitos, y sobre todo, bien empleados.

Una noche en el teatro, llamó «hermosa hurí, estrella de primera magnitud, dueña de una boquita de ángel y unos ojos celestiales», á una mujer que, por lo menos, había visto sesenta inviernos, y que tenía una boca por donde, sin exageración ninguna, podrían pasear y hacer ejercicios, el Cuerpo de Cazadores y el Batallón 2.º de Bomberos, con sus bombas..... y sus *bombos*.

En un baile que dió, celebrando el natalicio de su suegra (¡que hombre zonzo!) el doctor Ventosas Fabián, que esa noche estaba *divino encantador y soñador*, como diría un poeta muy conocido, y por más señas, muy feo, se declaró á una jovencita que no bailó en toda la noche y que segun referencias propias, conoció á la abuela de Artigas, y sufre diariamente, todos los dias, ataques cerebrales en la pierna derecha, desde una vez que se tragó el taco de un botin de su tío, creyendo que era un pedazo de chocolate; por este motivo desgraciado hace muchos meses que no baila ni paga el alquiler de la casa.

Fabián le juró amor eterno, y la jóven centenaria pareció al principio, corresponder al cariño del declarante.

Ponciana que así se llamaba la *niña*, exigió á su dragón

una prueba del amor que le juraba, y, entusiasmado Fabián la llevó á su casa, al día siguiente dos cartuchitos de pastillas de goma y un paquete de alfileres. A pesar de estos regalos que implicaban la *fuerza de la pasión*, los amores de Ponciana y Fabián duraron muy poco tiempo.

Un día averiguó el novio que su *amado tormento* dragoneaba con una *cuchara* de libros de una casa de comercio, un bebé que tenía ménos edad de la necesaria para ser nieto de su dragona. Eso fué lo bastante para que Fabián despreciase á la que tanto había querido.

¡Que desgraciado soy! decía con frecuencia el pobre imbécil, lamentándose de sus fracasos amorosos. ¡Yo sé, si, que voy á morir algún día! Ah! ya no quiero saber mas nada de mujeres, las aborrezco, no deseo ver una más en mi vida porque son la misma piel del diablo..... pero ¡que linda era la amiguita que me presentó mi primo Blas! Esa si que haría feliz al que se *matrimoniase* con ella. ¡Inteligente, cariñosa, hermosa, *simpaticosa*..... en fin, yo me quiero casar con la amiguita que me presentó mi primo Blas.

Desde este momento Fabián se puso á buscar lo que deseaba. No descansó un segundo. La empezó á mirar, después le hizo guiñadas con las orejas, consiguió hablar con ella, entró en la casa y ¡plum! la pidió á los *papases*.

Pero se le fué el gozo al pozo, porque, con términos galantes y elevados (vivían en una casa de altos) no aceptaron su pedido, y con mucha razón; como que la hija, la pretendida por Fabián era..... ¡la esposa de su casero!

Esta nueva decepción abatió mucho su carácter, y cuando iba á suicidarse él mismo, para dar fin á sus penas, se acordó de una mujer que conoció en la alpargatería de D. Procopio Patalarga y Ancha, Ex-Secretario de Adan.

La buscó, la encontró, le habló, se arreglaron y, sin pedirle á sus padres, por la sencilla razón de que no los tenía, le propuso si quería ser su esposa, su señora ó su mujer.

Ella optó por lo primero, y el 4 de Diciembre de 1876, D. Fabián de la Mosca Verde y doña Transubstanciana del Ojo Airado, se enlazaron por las uñas, quiero decir, se unieron por los lazos de Himeneo.

Los primeros meses transcurrieron felices. ¡Que risueño porvenir se había forjado Fabián! Un porvenir sin rival y, lo que era mejor, sin suegra.

Pero, desgraciadamente, la señora empezó á cansarse y á hacer uso de defectos que no eran del gusto del marido. Mordía la nariz á los cobradores, rompía los platos, tiraba á la calle las camisas de D. Fabián, y lo que es más doloroso no le dejaba salir de noche, y no le daba de comer más que una sopa al almuerzo y caldo con fideos á la cena.

Desgracia tan grande no pudo sobrellevar el burlado imbécil, y del sentimiento que le causó le sobrevino una *bronquitis esdrújula* complicada con un divieso en la nariz y dos uñas encarnadas en la oreja izquierda, que en pocos días dió con don Fabian de la Mosca Verde en la casa donde viven los *finados difuntos*; como dice mi sirviente.

¡Pobre Don Fabián! Con razón se había pronosticado que iba á morir algún día!

Alfredo Varsi.

Crónica Universitaria

Han ingresado al cuadro de profesores de esta Sección, dos nuevos catedráticos, los Srs. Mateo Magariños Veira y Albino Benedetti, designado por el Consejo Universitario, el primero, como catedrático sustituto del aula de Filosofía, y el segundo, para rejentear interinamente la de Geografía.

El Sr. Magariños Veira ha dado principio en esta Sección á un curso gratuito de Filosofía, (primer año), al cual asisten muchos de nuestros compañeros que podrán de ese modo regularizar un estudio de alta importancia y que durante los primeros meses del año *ha debido hacerse fuera de la Universidad*.



Las leyes y reglamento general de Enseñanza Secundaria y Superior han sufrido desde su promulgación una série de modificaciones, ampliaciones y aclaraciones, que por no hallarse ordenadas dan lugar día á día, á serias dificultades, no solamente, á los estudiantes, sinó tambien á las autoridades universitarias encargadas de aplicarlas; no siendo tan fácil en la práctica como parece, saber con seguridad la mejor forma de resolver con arreglo á la justicia y equidad las cuestiones que se presentan.

En vista de esto, el Sr. Rector de la Universidad ha ordenado una nueva impresión de las leyes y reglamento universitarios que nos rigen, con todo lo nuevo relativo á los mismos.

Tal medida será de benéficos resultados para todos, pues sabremos á que atenernos en nuestros respectivos derechos y obligaciones.



Nuevamente hemos tenido que suspender la publicación de varios artículos remitidos por nuestros compañeros, cuyo entusiasmo por esta Revista nos pone en serios apuros, haciéndonos imposible satisfacer á todos.

A última hora nos hemos visto forzados á separar del periódico entre otros trabajos la Sección Científica, para dar entrada á un artículo de colaboración. Pedimos disculpa y compensaremos la falta en el próximo número..

El Administrador